LA NÓVELA CÓMICA

Nº 121

RAFAEL DE SANTA ANA

Caricatura de Répide

La victoria del general

10 cénts.

LA NOVELA CÓMICA

SAINETES PUBLICADOS

De Carlos Arniches

El amigo Melquiades (dos actos).—Serafín el Pinturero (dos actos) (1).—Los granujas (un acto) (2).—El santo de la Isidra (un acto).—El tío de Alcalá (un acto).

De D. Ricardo de la Vega

La verbena de la Paloma y el boticario y las chulapas o celos mal reprimidos (un acto).—El señor Luis el Tumbón o despacho de huevos frescos (un acto).

LA VICTORIA DEL GENERAL

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Srta. Moreno.
PURA (madre de Luisa)	Sra. Valverde.
VICTORIA	» Pino.
JUANA (criada)	Srta. Feros.
PIO (marido de Luisa)	Sr. Santiago.
CASTO (padre de Luisa)	» Larra.
EL GENERAL	» Gonzálvez.

La acción, en Madrid. — Epoca, actual.

Derecha e izquierda, las del actor.—Los apartes, entre paréntesis.

De Jacinto Benavente

La sobresalienta (un acto).

De Javier de Burgos

El mundo comedia es o el baile de Luis Alonso (un acto) (3).—Las mujeres (un acto) (3).

(1) En colaboración con J. G. Renovales.
(2) En colaboración con J. Jackson Veyan.
(3) Estudio crítico por Antonio Zozaya.

De Antonio Casero

La familia de la Sole (un acto).—El porvenir del niño (un acto) —Las mocitas del barrio (un acto) (1).

De D. Ramón de la Cruz

La pradera de San Isidro (un acto) (2).—Las castañeras picadas (un acto) (2).

(1) En colaboración con A. Larrubiera.
(2) Estudio crítico por Pedro de Répide.

[336227]

RAFAEL DE SANTA ANA

La victoria del General

Juguete cómico en un acto y en prosa, origina, estrenado en elteatro Lara el 8 de marzo de 1898

ACTO ÚNICO

Sala regularmente alhajada, con puerta al foro. A la derecha, dos puertas laterales, y otras dos a la izquierda. A los lados del foro, entredoses con jarrones y adornos. A la derecha, una mesa de despacho con libros y papeles. A la izquierda, un sofá. Sillas volantes. Es por la mañana. En escena, Luisa, Victoria, Pura y Juana. A la izquierda aparecen Victoria y Luisa, viendo unos periódicos de modas, y Pura, sentada ante la mesa de despacho, hablando con la criada.

VIC.—Mira qué bonito es este.

LUI.—Sí, pero me parece bastante recargado de adornos.

PURA.—Mañana trae usted de otra parte los garbanzos; los de ayer parecían balines.

JUAN.—Bueno; pues el señorito Pío los encontró muy tiernos,

PURA.—Ese es capaz de mascar piedras.

JUA.— ¡Ah! Se me olvidó decir a usted que estuvo aquí antes un caballero preguntando por el señor.

PURA.—¿Que señas tenía?

JUA.—De alguna edad, muy elegante y con una perilla muy larga. Dijo que volvería. También ha estado el de la casa, diciendo que, si no le pagan ustedes hoy mismo, mañana vendrá el Juzgado.

PURA.—Bueno, bueno. ¿Se desayunaron ya los señoritos?

JUA.—Sí, señora. ¿Desea usted alguna cosa más?

PURA.—Nada, puede usted retirarse. ¡Ah! Que se acuerde usted de lo de los garbanzos.

JUA.—Está bien. (Vase foro izquierda.)

PURA.—(Levantándose de la mesa y yendo a formar parte del grupo con las otras dos figuras.) ¡Vaya con Victoria, y qué elegante tan de mañana.

VIC.—¡Qué quiere usted, hija, cosas del mundo! Como desde que murió mi pobre Alberto no tengo quien me haga nada, a la fuerza he de ser yo quien me ocupe de todo.

LUI.—¿Y a dónde va usted?

VIC.—Primero, ahí, a San Nicolás, a oír una misita por el alma de mi difunto; luego, al Monte de Piedad a sacar unos cuartos, y luego, a...

PURA.—¿Dónde?

VIC.—No, no lo digo; es una sorpresa que les preparo.

PURA.—Yo creo que,le va usted a jugar alguna mala pasada al difunto.

LUI.—¡Qué!, ¿se va usted a casar?

VIC.—¿Quieren ustedes callarse? ¡Por Dios, quién piensa en eso?

LUI.—¡Sí, que es verdad, que es verdad!

VIC.—¡Hija, que pueden oír!...

LUI.—¿Ve cómo es verdad? No quiere que se enteren; luego es cierto.

VIC.—¡Bah! ¡Quite usted de ahí!

PURA.—Pues si yo estuviera en su pellejo ¡cualquier día volvían a pescar-

me! La viudez es el estado perfecto de la mujer; y si no, ahí tienen ustedes a Santa Chantal, que no fué santa hasta que enviudó.

VIC.—Porque hasta entonces no podría dedicarse a las cosas de Dios.

PURA.—O porque hasta aquella fecha vivió con ella el demonio.

VIC.—¡Jesús, qué cosas se le ocurren a usted!

PURA.—Es la fija.

LUI.—Pues por lo que a mí toca, no envidio otro estado que el mío: como Pío es tan bueno...

VIC.—¡Naturalmente!

PURA.—Está siempre con su Pío.

VIC.—Y tiene mucha razón; ¡como que es muy simpático! ¡Y vaya un talento que tiene! Me hace una gracia oírle hablar siempre con aquella seriedad... Nada, que a mí me encanta. (A Pura.) Hija, tiene usted un yerno que es una mosca blanca.

PURA.—(¡Un mosquito!)

VIC.—Pero, ahora que me acuerdo, ¿no iba a echar un discurso en no sé qué sitio un día de estos?

LUI.—Anoche habló en el Centro ilustrado. Cuando usted llegó estaba yo leyendo el periódico, que hace unos elogios de él... ¡Lo pone por las nubes!

VIC.—A ver, léamelo usted. (Luisa toma un periódico de la mesa.)

PURA.—(Veamos qué dicen de ese papanatas.)

LUI.—A... aquí está. (Leyendo.) «Las veladas del Centro ilustrado y el señor de General. El joven literato e ilustrado sociólogo don Pío General, con razón apellidado el general de los oradores, fué anoche el héroe de la ilustrada fiesta celebrada en los ilustrados salones de aquella ilustrada Sociedad. El ilustrado discurso del señor don Pío General versó sobre la ilustración de las clases ilustradas y produjo un loco entusiasmo en el numeroso e ilustrado auditorio, quien premió con grandes aplausos la labor oratoria de joven tan ilustrado.»

VIC.—Muy bien. ¿Qué periódico es ese?

PURA.—*La Ilustración*.

LUI.—No. *El Eco*.

PURA.—Se conoce, por lo que repite.

VIC.—¡Qué ocurrente! Esta doña Pura, siempre de buen humor y con ganas de broma.

LUI.—(En visita.)

PURA.—Gracias a Dios, no tengo motivos para estar triste.

VIC.—Es que tiene usted mucha gracia.

PURA.—Donde está una andaluza, hablar de gracia...

VIC.—Mire usted que yo, después de once años de matrimonio con un catalán y viviendo en su tierra, no me queda de andaluza más que la cédula de vecindad. (Mira el reloj.) ¡Jesús! ¡Van a dar las diez y yo aquí con esta cachaza; me marcho corriendo!

PURA.—¿Tan pronto?

VIC.—No subí más que para traerle a Luisita esos figurines que me había pedido. Adiós, Luisita; hasta luego, doña Pura.

LUI.—Vaya usted con Dios.

PURA.—Salud, vecinita. Va usted siempre como un cohete.

VIC.—Si tengo una prisa... Tantas cosas a esos dormilones...

LUI.—Ya se están levantando. (Vase Victoria foro derecha.)

PURA.—¡Qué posma! ¡Creí que no se marchaba! ¿Trajo tu marido el dinero?

LUI.—Dice que no ha podido encontrarlo, por más que ha hecho.

PURA.—Pues estamos divertidos. Ha mandado a decir esta mañana el casero que si no se le pagan hoy mismo todos los meses caídos, nos desahucia.

LUI.—¡Qué vergüenza!

PURA.—Si fueran otros nuestros maridos, no nos veríamos en esta apura-

da situación; pero, es claro, el tuyo no sirve más que para echar discursos a diestro y siniestro, y tu padre para tentarme la paciencia.

LUI.—Dios querrá que todo se arregle.

PURA.—¡El lo haga! Vamos a nuestro registro matinal.

(Coge de una silla que habrá junto a la primera puerta izquierda un chaleco de entre unas ropas, y empieza a registrar los bolsillos.)

LUI.—¡Qué empeño tiene usted de registrar todos los días la ropa! ¿Qué saca usted con eso?

PURA.—¿Qué saco? Por lo pronto, estas dos pesetas. (Se las guarda.) Ya lo dijo la Sagrada Escritura: «Registra, que algo encontrarás.» Tú ignoras los sagrados deberes de una buena esposa. ¡Sabe Dios lo que hubiera hecho tu padre con estas dos pesetas!

LUI.—Sí, mire usted que con dos pesetas...

PURA.—Hija, tú no sabes lo barato que está hoy todo. (Saca de otra prenda un paquete de cigarrillos.) ¿Te parece? ¡Diez cigarrillos, y ayer compró esta cajetilla! ¿Has visto qué vicio? Me guardaré ocho, y le dejaré un par de ellos. (Lo hace.) Uno para después de cada comida.

LUI.—(¡Pobre papá!)

PURA.—Para mí que tu padre tiene algún nido donde esconde las cosas. Como yo lo encuentre, se va a acordar por mucho tiempo.

CAS.—(Dentro.) ¡Pura! ¡Pura!

PURA.—(Hace signos con los dedos, como de robar.) Voy, que te la estaba limpiando. (Vase con toda la ropa primera izquierda.)

LUI.—¡Cuidado con la manía que tiene mamá! Y es el caso que lo mismo quiere hacer siempre con Pío; y gracias a que yo procuro estar a los quites, que si no... El otro día me distraje y le cogió catorce reales y un cigarro puro que le habían regalado, porque dijo que podía hacerle daño. Como el pobre es tan bueno y tan sufrido, no quiere decirle nada; pero luego yo soy la que paga los vidrios rotos.

PURA.—(Entrando primera izquierda.) Ahora vamos con tu Pío.

LUI.—(¿No lo dije?) Ya he mirado yo, y como no encontré nada se la he llevado.

PURA.—Malo, no me fío. Tú eres muy inocente, y el mejor día vas a tener un disgusto muy gordo. (Viendo un abrigo que habrá en otra silla, junto a la primera puerta de la derecha.) Pero, ¡calle, aquí has dejado su abrigo! No, pues esto no se me escapa.

(Lo coge y saca de un bolsillo un sobre y un estuche como el de un brazalete.)

LUI.—(Se empeñó.)

PURA.—Veamos. ¡Eh! ¿Qué es esto?

(Abre el sobre y saca un retrato de mujer y billetes de Banco.)

LUI.—(Asustada.) ¡Ay, mamá!

PURA.—Un retrato de mujer, dinero, billetes de Banco. ¡Dos mil reales!

LUI.—¿Dos mil reales?

PURA.—Mucha prudencia. (Se guarda los billetes.) Pero ¡qué es lo que veo! ¡Si es la vecina!

LUI.—¡Victoria! ¡Ay, Dios mío de mi alma!

PURA.—La misma. Y está dedicado.

LUI.—¡Por Dios, lee pronto lo que dice! ¡Qué susto tan grande tengo!

PURA.—No, que aquí estoy yo para vengarte. Energía, mucha energía es lo que has de tener.

LUI.—(Llorando.) ¡Ay, Dios mío de mi vida!... Pero, ¿qué dice?

PURA.—(Leyendo.) «Rico de mi corazón: Ahí llevas, con mi efigie, toda la pasión y toda la... de tu Victoria.» ¿Te parece?

LUI.—¿Toda la qué?

PURA.—No se sabe, porque tiene puntos suspensivos.

LUI.—¿Puntos suspensivos? ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy! (Llora.)
PURA.—¡Ellos sí que están buenos puntos!
LUI.—¡Mi Pío me engañaba!
PURA.—¡Para que te fíes de los hombres! Todos son unos granujas.
LUI.—Y con una mujer que todos queríamos tanto... ¡Ay!
PURA.—¡Abusar así de la amistad!
LUI.—Yo me muero. ¡Ay! (Llora.)
PURA.—Animo, hija; mucho ánimo. Yo te vengaré de los dos.
LUI.—(Indicando el estuche.) Y eso, ¿qué es?
PURA.—Verdad que aún no lo hemos visto. Alguna pulsera. (Lo abre.) ¡Ay, que cosa más rara! Mira.
LUI.—¡Una dentadura postiza! ¡Y yo que le alababa tanto sus dientes! ¡Fementido! ¡Ay!
PURA.—¡Así le parecían tiernos los garbanzos! Si de los hombres no puede una fiarse nunca.
LUI.—Ni de las mujeres.
PURA.—Necesito encontrar una venganza. ¡Ah! Ya la encontré.
LUI.—¿Qué?
PURA.—(¡Ya no nos desahucian!) En primer lugar, pulverizarlos.
LUI.—¡Ay, mamá de mi alma!
PURA.—No tengas miedo. Ya verás. (Gritando.) ¡Juana! ¡Juana!
LUI.—(¿Qué irá a hacer?)
PURA.—(Sí, esto es lo mejor.) Pero ¡esta mujer está sorda! ¡Juana! ¡Juana!
LUI.—(¡Ay, que miedo! ¡Pillo!) (Llora.)
JUA.—(Por foro izquierda.) ¿Llamaba la señora?
PURA.—Ha hecho usted que me desgañite. (Se acerca y hace que le da un recado y unos billetes.) Tome usted.
JUA.—Está bien. Voy en seguida.
PURA.—Y mucho ojo.
JUA.—Descuide la señora. (Vase foro derecha.)
LUI.—¿Qué le has dicho?
PURA.—Que avise en casa de esa... mujer, he de hablarle caunto antes, y...
LUI.—¿Qué?
PURA.—Nada. He mandado a recoger los recibos al casero; así se purifica ese dinero, que se destinaba al vicio.
LUI.—¿Y si no es de Pío?
PURA.—Que se fastidie. ¡Tendría que ver que aún le tuvieras compasión a ese miserable! En cuanto venga la andaluza...
LUI.—Yo no quiero verla. (Llora.)
PURA.—La recibiré yo; y te prometo no descomponerme; procuraré tratarla con mucha prudencia. ¡Conque eran infundados mi registros! ¡Conque tu Pío era muy inocente! Si los hombres son unos canallas, unos perdidos.
LUI.—¡Qué desgraciada soy! (Llora.)
CAS.—(Saliendo por la izquierda.) ¿Qué sucede? ¿a qué ese alboroto?
PURA.—Un adulterio «infregante».
CAS.—(¡Qué barbaridad!) ¿Quién?
LUI.—¡Ay, papaito mío! (Con frases entrecortadas.) Pío... no... no...
CAS.—¡Pío Nono! ¡Zambomba!
PURA.—Pío no me quiere. ¡Ay! (Llora.)
CAS.—Pero ¿qué es ello? Veamos.
PURA.—Toma. (Le da el retrato.)
CAS.—¡Hombre! ¡Victoria! ¡Y está muy guapa!
PURA.—(Le quita el retrato.) ¡Trae acá!
LUI.—¡Qué pena tan grande!
CAS.—Pero ¿queréis explicarme de una vez?...

PURA.—Pues esto significa que nuestro yerno tiene una amante, que esta amante es Victoria y que yo voy a despedazar a los dos.

CAS.—Calma, mujer, mucha calma: quizá todo sea una equivocación.

LUI.—No, que es verdad. ¡Infame!

PURA.—Lo hemos encontrado todo en su abrigo.

CAS.—¿Cómo todo?

PURA.—El retrato, una cantidad en dinero y una dentadura postiza.

CAS.—¿Será la tuya?

PURA.—¡Carratalá!

CAS.—Pero, hombre, ¡parece mentira! ¡Vaya con don Pío General! Un joven tan serio, tan científico, tan delgadito y tan... feo; porque ¡mira que como feo!...

PURA.—Como que el refrán lo dice: «Más feo que Pío.»

CAS.—Picio, mujer.

PURA.—Lo mismo da.

LUI.—A mí no me parecía tan feo. ¡Ay! ¡Ay! (Llora.)

PURA.—Por supuesto, que no tiene él toda la culpa. Si no hubiera mujeres sin pudor que levantan de cascos a los hombres casados... Pero ¡ya, ya arreglaré yo a la viudita!

CAS.—Si quieres, yo me encargo de ir a verla y decirle...

LUI.—¡Ay, qué mala! ¡Ay, qué mala me he puesto! (Cae en el sofá con fuerte congoja.)

PURA.—¡Hija de mi corazón! (A Casto.) Tú lo que vas a hacer ahora mismo es ir a la farmacia de enfrente por un calmante. Anda, que la criada ha salido. Pero date prisa, que está muy malita.

CAS.—Voy. (Se toca los bolsillos.) Oye, ¡si me has dejado sin un céntimo!

PURA.—Bueno, bueno. (Le da una peseta.) Ahí llevas una peseta, y mucho cuidado con la vuelta.

CAS.—Descuida, en seguida estoy aquí.

PURA.—Me refiero a lo que sobre.

CAS.—Bueno, mujer. Voy a coger un vaso de allá dentro. Marcho corriendo. (Si yo pudiera coger los cuartos y el tabaco...)

(Se acerca en silencio al mueble donde está el jarrón.)

PURA.—(Volviendo la cabeza.) ¿Qué haces?

CAS.—Voy, voy en un vuelo.

(Se dirige hacia el foro y vuelve con mucho sigilo hasta el mueble. Coge un jarrón, quita las flores y saca un paquete de cigarrillos y dinero: hace ruido y se le cae una moneda: al inclinarse a cogerla lo ve Pura.)

PURA.—¿Todavía estás ahí? ¡Carratalá!

CAS.—(¡Me pescó!) Me dejaba el pañuelo. (Vase foro derecha.)

PURA.—Vamos, hija mía, cálmate.

LUI.—Yo me quiero divorciar ahora mismo.

PURA.—No será preciso. Yo me encargo de dejarte viuda.

LUI.—¡Yo, que tenía tanta confianza en él! ¡Engañarme! ¡Y con Victoria, que decía que nos quería tanto a todos! ¡Ay!

PURA.—Demasiado. Si yo no hubiera dejado entrar en casa a esa... ¡Jesús me perdone! ¡No sé qué iba a decir!

LUI.—¡Me parecía tan buena!

PURA.—¡Las andaluzas! Todos los disgustos que yo he tenido con tu padre han sido por causa de andaluzas. Todavía recuerdo: hacía cuatro meses que nos habíamos casado; frente a nuestro cuarto vivía una gaditana, mujer de un músico mayor. Siempre tan alegre, tan cariñosa y diciendo que nos quería muchísimo. Una mañana entro en su casa y... ¡horror!, me encuentro con que Paquita—que así se llamaba—tenía puesto un pie en el asiento de una silla, y tu padre, arrodillado ante ella, se disponía a atarle la cinta del

zapato. No me pude contener y... ¡paf!... le di tal puñetazo en la cabeza a Casto, que deshizo con las narices el pie de la andalucita.

LUI.—¡Jesús!

PURA.—Más de un mes estuvo ella sin poder andar, y tu padre sin poder sonarse. Por supuesto que al día siguiente nos mudamos de casa. Pero a todo esto, ¿cómo te encuentras?

LUI.—Ya me va pasando la fatiga. ¡Ay! ¿No nota ussed un olor?

PUR.—Algo que se estará quemando en la cocina. Voy a ver, ahora que estás más tranquila. (Vase segunda derecha.)

PIO.—(Que sale por la primera derecha y ve llorando a Luisa. Con afectación todo el acto.) ¡Cielos! ¡Desolada te encuentro! ¿Quién ha sido capaz de turbar el cándido reposo de mi bien querido? (Intenta abrazarla.)

LUI.—No, no se acerque usted a mí. Monstruo, infame, perjuro!

PIO.—¿Es con tu esposo con quien hablas? ¿La razón perdido has? ¿Qué sucede?

LUI.—¡No me lo pregunte usted, mal caballero! ¡Es usted un miserable!

PIO.—¡Alto allá! Si en un momento de debilidad, en que mi amorosa ternura hacia ti impidió a mis labios el poder contestarte en lenguaje adecuado a los insultos que tu boca vertiera, llegado es ya el caso en que no puedo tolerar ni una sola frase más en menoscabo de mi dignidad y mi decoro. Hable usted, señora, y no me obligue a que la enseñe los dientes.

LUI.—(Llorando.) ¡Si ya los he visto! ¡Es usted un falso!

PIO.—Por última vez, ¿quieres explicarme?..

LUI.—Hemos descubierto lo de Victoria, lo del dinero y lo de la dentadura postiza. ¡Ay! (Llora.)

PIO.—¡Estás demente!

LUI.—No, señor, que es verdad. Hemos encontrado el retrato con puntos suspensivos, los dos mil reales (Presentándole el estuche que queda sobre la mesa de despacho.) y el chisme éste.

PIO.—Esto es un aparato dentario.

LUI.—Sí, tu dentadura. (Llora.) (¡No tiene ni un hueso, Dios mío!)

PIO.—Este adminículo desconózcolo por completo. ¿Qué logogrifo es este?

LUI.—No se haga usted el tonto. Lo hemos encontrado en un bolsillo de su abrigo.

PIO.—No puede ser.

LUI.—¿Que no? (Mostrándole el abrigo.) Mire usted, aquí estaba todo.

PIO.—(Después de examinar el abrigo.) Este abrigo no es el mío; el mío lo tengo allá dentro.

LUI.—¿Que no es el tuyo? (Fijándose en él.) ¡Verdad que no es tu abrigo! Como estas dichosas prendas se parecen tanto... ¡Qué alegría! Entonces, ¿de quién será?

PIO.—Sin duda, de tu progenitor.

LUI.—No te entiendo.

PIO.—De tu padre, mujer, de tu padre.

LUI.—¡De mi padre! ¡Verdad! ¡Virgen Santísima, la que se va a armar cuando mamá lo sepa! (Dejando el abrigo donde estaba.)

PIO.—¡Cualquiera se lo participa!

LUI.—¡Perdóname cuanto te he dicho! ¡Si vieras cuánto he sufrido! ¿Me quieres lo mismo que antes?

PIO.—Perdonarte no debiera la duda que de mi amor tuviste; pero ya que en el pecado encontraste la penitencia, estos son los brazos de tu esposo.

LUI.—(Abrazándole.) ¡Pío de mi corazón, qué bueno eres! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

PIO.—Ya veremos. Por lo pronto, deseo conocer detalles.

LUI.—Ya te los contaré después. Ahora, bástenos saber que tú eres inocente y que yo te quiero mucho, y que... ¿tienes todos los dientes?

PIO.—Pero...

LUI.—Perdóname. (Se abrazan.) Ahora lo que tenemos que hacer es prevenir el conflicto que amenaza a papá.

PIO.—Dices bien. ¡Mentira parece a los deshonores que conducen los amores de la senectud! ¿Dónde encontraréle?

LUI.—Está en la farmacia de enfrente. Fué por un calmante para mí. ¡Como me afecté tanto!...

PIO.—No estará de más en casa para tu madre.

LUI.—¡O para papá!

PIO.—Parto veloz y presuroso para noticiarle la tan para él luctuosa nueva.

LUI.—Abrázame otra vez. (Se abrazan.)

PIO.—Pronto tornaré, mi bien querido. (Vase foro derecha.)

LUI.—¡Qué alegría tengo! (Mira por la segunda derecha.) Pero, ¡calle, mamá viene; que no note nada! (Finge que llora.) ¡Ay, ay, ay!

PURA.—(Viene por la segunda derecha.) ¿Todavía no ha salido ese tipo?

LUI.—Se marchó sin permitir decirme ni una sola palabra. ¡Ay, qué desgraciada soy! (Llora.)

PURA.—¡Pobre de él cuando vuelva! Pero, ¡hija, por Dios, que vas a caer enferma! ¡Tranquilizate!

LUI.—¡Ay, yo no puedo más!

PURA.—Ten ánimo, aprende de mí. ¿No ves qué tranquilidad aparente?

LUI.—A usted como no le toca tan directamente como a mí... Figúrese usted que fuera papá el del...

PURA.—Calla, calla, ni aun lo supongas. ¡Lo estrangulaba!

LUI.—(¡Digo, para que yo le diga ni una palabra!) ¡Infame! ¡Ay! (Llora.)

PURA.—Vamos al comedor mientras viene tu padre con la medicina. Anda, hija; tomarás una tacita de tila con azahar.

PURA.—Como usted quiera. ¡Ay, qué desgraciada soy!

LUI.—Serénate, hija. Vamos, vamos... (Vanse segunda derecha.)

CAS.—(Por el foro, con sombrero puesto, con un vaso cubierto con un papel; lo deja sobre la mesa.) ¡Demonio, qué atrocidad! ¿Quién había de suponer?... ¡Conque soy yo quien ha despertado tan vehemente pasión a la viudita! Y no cabe duda, porque habiéndose encontrado su retrato en un bolsillo de mi abrigo, claro es que ella, aprovechando algún descuido, lo introdujo. ¡Y mandarme dinero! Es decir, a mi no, a mi mujer, que es la que se lo ha guardado. ¡Dios mío! ¡Si llegase a sospechar!... Pero, ¡quia! Ahora mismo voy a ver a esa señora y a decirle que no vuelva a acordarse del santo de mi nombre. ¡Y cuidado que como guapa lo es de rechupete! Una andaluza lo más salada... Con unos ojazos y unas oscilaciones, y... ¡Ay!... Casto, mucho ojo, que puedes perder tu nombre de bautismo y te pueden romper el ídem. (Alarmado.) ¡Eh! ¿Quién viene?

LUI.—(Por la derecha.) ¡Ay, papá de mi alma y en qué lío nos has metido!

CAS.—Luisa, hija mía, te juro que soy inocente. Verás: acababa de atravesar la calle desde la botica con el calmante que ahí tienes, por cierto, que me advirtió el farmacéutico que tuvierais mucho cuidado, porque ha cargado la mano de morfina y no puede tomarse de una vez más que una cucharadita pequeña, de lo contrario, se puede uno llevar durmiendo un trimestre...

LUI.—Ya no lo necesito.

CAS.—Me lo figuro. Bueno; pues, como iba diciendo, al entrar en el portal, tropiezo con tu marido, que salía. Al verle me figuro que me va a echar un discurso, se me sube la sangre a la cabeza y me dispongo a estrellarle el calmante en los sesos.

LUI.—¡Por Dios, papá!

CAS.—Pero al enterarme de lo que ocurría quedé convertido en estatua. Yo no puedo remediar el haber inspirado amor. No es la primera que de mí se prendó después de casado con tu madre... pero te prometo que en esta

ocasión sabré conservar incólume la aureola de mi nombre. Pero, ¡por Dios, que tu madre no sepa una palabra! ¡Que no llegue a llamarme por mi apellido! Que no la oiga decir: ¡Carratalá! ¡Se me abren las carnes de pensarlo!

LUI.—¿Y aquella otra andaluza?

CAS.—¿Quién?

LUI.—Paquita.

CAS.—¡No me la recuerdes! (Se lleva las manos a las narices.) Pero...

LUI.—Esté usted tranquilo, que por mí no sabrá una palabra mamá.

CAS.—Mira: vete con ella, no vaya a venir.

LUI.—Voy. (Vase segunda derecha.)

CAS.—¿En qué parará esto, Dios mío! A pesar de que Pura no sabe nada, tiemblo de ponerme ante ella, y no tardará en venir por el sobrante de la peseta. Por cierto que al coger antes el dinero que tenía escondido, se me cayó una moneda. Veamos.., (Busca por el suelo entre el mueble y la mesa.) No la veo. ¿La habrá encontrado mi mujer? Aquí debió caérseme... Me parece que está allí... Sí, ya la veo. ¡Caracoles, qué lejos se ha ido la condenada!

(Se mete debajo de la mesa, al mismo tiempo que aparecen Victoria y Juana.)

JUA.—(En la puerta,) Pase usted, voy a avisar a la señora.

(Coge el gabán y vase segunda derecha, a poco vuelve a salir sin él por la misma.)

VIC.—¿Qué me querrrán con tal precipitación?

CAS.—(Sin salir de debajo de la mesa.) (¡Cielos, Victoria! ¡En qué ridícula posición me encuentra!)

VIC.—¡Calle, señor Carratalá! ¿Qué hace usted ahí tan quietecito debajo de la mesa? ¿Lo han puesto a usted a hacer penitencia? (Sale de debajo de la mesa andando en cuatro pies.) ¡Ay, hijo! Pues se parecía usted a los que en mi tierra van debajo de los pasos en Semana Santa. ¡Ja, ja, ja!

CAS.—(Se levanta mirando con mucho misterio.) ¡Silencio, por Dios!

VIC.—(¡Este señor está tocado!)

CAS.—Victoria, por lo que más quiera usted en el mundo, huya usted de esta casa; no vuelva a aparecer por aquí y... olvídeme. Yo no puedo ser suyo.

VIC.—¿Qué está usted diciendo?

CAS.—Sí, Victoria mía, sí.

VIC.—(¡Suya!)

CAS.—Comprendo lo que cuestan esas cosas; pero la tranquilidad de una familia lo exige: hágase, pues, un nudo en el corazón, y quiere decir, que si andando el tiempo...

VIC.—¿Se ha vuelto usted loco?

CAS.—Sí, Victoria, sí, loco por ti; pero soy un mártir del deber. Te tendré aquí grabada toda mi vida.

VIC.—Pero, ¡don Casto! (Ya me tutea. ¡Qué miedo! ¡Yo me largo de aquí!)

(Corre hacia el foro, al mismo tiempo aparece Pura en la derecha. Victoria se detiene

CAS.—(Aparte a Victoria.) (¡Ni una palabra, por Dios!) (¿Qué será esto?)

PUR.—(Cogiendo de un brazo a Victoria.) Quédese usted aquí, que tenemos que hablar.

VIC.—(¡Ese tono!)

PURA.—(A Casto.) Tú, ya te estás marchando.

CAS.—Ahora mismo. (Aparte a Victoria.) (No me pierda usted.)

PURA.—¿Qué es eso?

CAS.—Nada, nada. (¿En qué parará todo esto?) (Vase segunda izquierda.)

VIC.—Me dijeron que deseaba usted verme en seguida, y aquí me tiene usted ya. ¿Ocurre alguna desgracia?

PUR.—Puede ocurrir muy gorda. (¡El Angel de la guarda me contenga!)

VIC.—¡Jesús, me asusta usted!

PURA.—Basta de farsas ridículas, y al grano, Siéntese usted. (Victoria se sienta en el sofá y Pura en una silla volante.) (No perdamos la calma.)

VIC.—Hija, ¿han celelebrado ustedes algún santo hoy de mañana?

PURA.—Lo que hemos celebrado—tiemble usted—ha sido la noticia de sus relaciones con ese imbécil de...

VIC.—¡Ay, qué gracia tiene! No siga usted. ¡Qué ocurrente es esta doña Pura! ¡Y yo que llegué a asustarme!

PURA.—¡Señora!...

VIC.—(Remedándola.) ¡Señora! ¡Ay, hija, cómo le envidio el humor!

PURA.—(¡Señor, que no me dispare!)

VIC.—Lo he comprendido todo, sí, señora. Usted ha oído algo y se quiere mostrar ofendida porque yo no se lo he anunciado con anticipación.

PURA.—Oiga usted.

VIC.—Pues, hija, siento muchísimo que lo hayan sabido ustedes, porque hubiera deseado yo misma darles la sorpresa.

PURA.—(¡Qué desfachatez!)

VIC.—Y mire usted, la verdad: en parte, lo siento por ustedes.

PURA.—Pues me gusta.

VIC.—Sí, señora, porque una no es de piedra, y al fin y al cabo, con el roce se toma afecto a las personas, y como no tendré más remedio que dejar de ver a ustedes...

PURA.—Naturalmente. (¡Pues no faltaría más!)

VIC.—Como nos marcharemos de Madrid inmediatamente...

PURA.—¿Qué está usted diciendo?

VIC.—Sí, señora, mi general se empeña.

PURA.—¡Esto es intolerable! Basta ya.

VIC.—¡Ese lenguaje!

PURA.—El que usted se merece. ¡Querer a un hombre casado!

VIC.—Pero ¿es casado el general? (Con zozobra, levantándose.)

PURA.—Sí, de apellido.

VIC.—¡Cómo! ¿Tampoco es general de verdad? (Si yo le he visto de uniforme. ¡Infame!)

PURA.—Tome usted (Le da el retrato.), y márchese ahora mismo. El y todos nosotros hemos muerto para usted. Esa es la puerta. (¡Así, energía!)

VIC.—¡Mi retrato! ¡Dios mío, qué desengaño! ¡Abusar de este modo de una pobre mujer! ¡Ah, pero esto no ha de quedar así! (¡Disimulemos! Se me doblan las piernas.) (Con ironía.) Sí, señora, me marcho. (¡Qué vergüenza!) Maldito lo que me importa. Así como así, yo pensaba mandarlo retirar. (¡Me ahogan las lágrimas!) Conque le agradezco mucho la parte que en ello haya tenido... (Yendo hacia la puerta.)

PURA.—Lo celebro tanto.

VIC.—Lo único que siento es lo que he podido disgustar a usted con esto.

PURA.—Muchas gracias. (¡Hipócrita!)

VIC.—(¡Me ahogo!) Vaya, pues muy buenos días, y... (¡No puedo más!) Beso a usted la mano.

PURA.—¡Vaya usted enhoramala! (Vase Victoria llorando por el foro.)

CAS.—¿Se puede pasar? (Por la segunda izquierda.)

PURA.—Sí, ya he terminado con esa. . señora.

CAS.—(¡No me llega la camisa al cuerpo!)

PURA.—Ha tenido el valor de confesar de plano. ¿Te parece?

CAS.—¡Sorprendente!

PURA.—¿Y la vuelta de la peseta? ¿Cuánto te costó el calmante?

CAS.—Ochenta céntimos, mujer. Aquí tienes los veinte que sobraron. Y allí tienes la medicina.

PURA.—¿La tomó la niña?

CAS.—Ya no le hacía falta.

PURA.—¿Eh?

CAS.—Que no hace falta, porque tomó buena dosis. (Por poco metola pata.)

PURA.—¡Y ese hombre sin venir!

CAS.—Supongo que no debemos decirle ni una palabra, ¿eh? Ya se ve: la poca edad, la poca... experiencia: la poca...

PURA.—Vergüenza. No me he de contener; le voy a arrancar los dientes.

CAS.—¡Lo que a él le importará eso!

PURA.—O los ojos.

CAS.—La cuestión es arrancar algo.

PURA.—No lo defiendas, que voy a suponer...

CAS.—¡Defender yo!... De ningún modo, al contrario...

PURA.—Siempre me fué antipático. Corrigiéndome a cada palabra en cuanto digo... Pues ¡vaya, ni que una no supiera hablar!

CAS.—¡Mira que enmendarte a ti!...

PURA.—Ver por su culpa a nuestra pobrecita hija *torcida* de dolor...!

CAS.—Transida, mujer; si te oyese Pío...

PURA.—Yo hablo como me da la gana, ¿estás?, como quiero; conque déjame en paz, que hoy no está el horno para bollos.

CAS.—(¡Quisiera yo saber cuándo cueçe!)

PURA.—Más valía que fueras a acompañar a tu pobre hija. ¡Sabe Dios cómo estará!

CAS.—Voy, mujer, voy. (Que estará *torcida* de dolor.) (Vase derecha.)

PURA.—¿Habrá vuelto esa chica? (Vase foro izquierda.)

PIO.—(Por el foro derecha. Trae unos papeles en la mano.) ¡Ni pensar quiero lo que puede acaecer en este domicilio! No escúchase el menor sonido. Esto háceme presumir que no hablan, y no hablando, signo sin duda es también de que no existen disturbios, a Dios gracias, por ahora. En todo caso, seré la pobre víctima, inmolada en el ara del...

LUI.—(Por la segunda derecha. Corre hacia Pío y le abraza.) ¡Qué alegría, ya estás de vuelta!

PIO.—¿Tu madre no es conocedora aún?...

LUI.—De nada. Ha tenido un fuerte altercado con esa mujer; pero yo estoy temiendo te vea. ¡Ay, pobre Pío, cuántas cosas te dirá! Mas tú no le hagas caso, que yo procuraré animarte con mi presencia.

PIO.—Encuéntrome decidido a sufrir por mi idolatrada cónyuge cuantas injurias lánceme mi madre política.

LUI.—¡Qué bueno eres!

PIO.—Pero dificulto, encuentro muy difícil, considero irrealizable mi abnegado propósito de contenerme dentro de la más exquisita corrección que peculiariza a los seres de cultura superior.

LUI.—¡Por Dios, Pío!

PIO.—Tu madre no es una señora como todas: su masa encefálica contiene, en lugar de la materia gris, un picadillo de incongruencias místicofolletinescas.

LUI.—¡Qué cosas dices!

PIO.—Por de contado, que si hubiérala antes tratado, jamás habríanme a ella unido vínculos de parentesco, que, si bien mi vida se deslizaba árida y sin puros afectos, a todo hubiera renunciado antes.

LUI.—¿A mi amor también?

PIO.—No me hagas caso; ni sé lo que me digo. (Se sientan a la mesa.) En fin, corrijamos estas cuartillas de mi discurso de anoche.

LUI.—Ya he leído que estuviste admirable.

PIO.—Sí, Luisa mía. ¡Qué éxito más colosal! ¡Cómo conseguí tener pendiente del hilo... de mi discurso al auditorio! Por cierto que no hubo tanta concurrencia como cuando diserta el necio de Fernández; siempre se le llena el salón; y yo anoche tuve la paciencia de contar los que éramos, y (Quita el papel que cubre el vaso, limpia la pluma y lo tira.) entre todos sumábamos...

LUI.—¿Cuántos?

PIO.—Cuatro, cuatro solamente.
LUI.—¡Qué pocos!
PIO.—Hay que tener en cuenta que llovía.
LUI.—¡Ah, ya! Luego, como Fernández se da cada bombo en la pren... Tú, como eres tan modesto... Siempre te lo estoy diciendo: muévete, agítate, da vueltas... (Viendo a Pura en la puerta del foro.) ¡Ay, Dios mío de mi alma!
PURA.—(Entra furiosa y se para ante Pío.) ¡Caballero!
PIO.—(Sin levantar la cabeza.) ¡Señora!
LUI.—(Aparte a Pura.) ¡Por Dios, mamá!
PURA.—¡Le supongo enterado por esta mártir de que lo hemos sabido todo!
PIO.—Sí, algo ha parecídome comprender...
PURA.—Entonces ya sabrá usted lo que debe hacer.
LUI.—(No hacerte caso.)
PURA.—(¡Contenme, Virgen Santísima!)
PIO.—Sí, señora.
PURA.—Esa sangre fría me pone fuera *de sí*.
PIO.—De mí.
PURA.—No, señor, de mí.
PIO.—Justamente.
PURA.—¡Hase visto qué hombre! ¡Ni se disculpa! ¡Son tal para cual!
PIO.—Señora...
LUI.—(¡Prudencia!) (A Pío.)
PURA.—¿Conque no tiene usted remordimientos? *¡Cívico!* ¿Conque no le inspiran a usted compasión las lágrimas de esta desventurada? (Luisa se sonríe por detrás de su madre y llora alto.) Pero tú no te aflijas, que al perder para siempre a ese monstruo, te queda tu madre que te consolará. ¡Y sigue tan impávido! ¡No me hace caso! ¡Qué groseros son estos *sabijondos!*
PIO.—Sabihondos, esa hache se aspira.
PURA.—Lo que yo aspiro es a... (Se va hacia él.)
LUI.—(Deteniéndola.) Mamá.
PURA.—Que le estoy a usted hablando. Tenga educación siquiera. Cuando habla una señora se la atiende. ¡Suelte esa pluma! (Quiere quitársela.)
PIO.—(Separando el brazo.) No lo juzgo oportuno.
PURA.—¿No? Pues mire usted. (Coge las cuartillas, las rompe y se las tira.)
LUI.—¡Jesús nos valga!
PIO. — (Levantándose indignado, pero sin separarse de la mesa en que se apoya.) ¡Qué ha hecho usted!
LUI.—¡Ay!
PURA.—(¡Por fin saltó!)
PIO. — (Con entonación dramática y sin dar lugar a que hable Pura en las paradas del parlamento.) ¡Imposible por más tiempo sufrir tamaño sultrajes!
PURA.—(Ya habla en verso.)
PIO. — ¡Qué! ¿se había usted propuesto excitar mi sistema nervioso? Pues bien: ya lo ha conseguido.
PURA.—A...
PIO.—¡Ah! ¿Quería usted que hablara? Pues hablaré, y ¡ay de aquellos que menos lo teman, que ellos serán los primeros en llorar sus nefandas consecuencias!
LUI.—(¡Por Dios!) (A Pío.)
PURA.—E...
PIO.—He apurado el cáliz de la templanza, considerándome con suficientes energías físicas y espirituales para soportar vuestros denuestos; pero ahora veo con sentimiento—¿qué digo con sentimiento?—, con júbilo, sí, señores, con júbilo, que aquella misteriosa fuerza que me retenía preso en el sillón de esta mesa, amordazando mis labios, ha roto sus magnéticas cadenas, y libre ya de sus férreos e intangibles lazos, acudo veloz y presuroso a satisfacer las

justas exigencias de mi honor ultrajado, y que siempre ha de flotar inmarcesible y límpido sobre las tiernas cabezas de mis descendientes, como el aura matutina flota en la atmósfera, envolviendo a las flores con su aliento bienhechor y protegiéndolas de los corruptos efluvios de algún próximo vertedero. (Señalando a Pura.)

LUI.—(¡Qué bien habla!)

PURA.—Y...

PIO.—¡Irrisión del destino! ¡Ah, señores... qué momentos de angustia los presentes!...

PURA.—O...

PIO. — ¡Oh! Pregúntele al Sol si adora a las microscópicas arenas del desierto que fúlgido caldea con sus rayos de oro, y os responderá con una despreciativa carcajada.

PURA.—U...

PIO. — Usad de la misma pregunta a las peñas, si adoran las mansas corrientes que las bañan, y... ésas no contestarán nada, pero con su significativo mutismo os harán comprender la pureza de sus amores, todos ellos menos puros que el mío hacia vuestra hija.

LUI.—¡Bravo! (Se me escapó.)

PURA.—Si...

PIO. — Si con todos estos poderosos argumentos he podido llevar al convencimiento de usted la completa inocencia de mi conducta, holgárame infinitamente; pero si por mi desventura su degenerado órgano perceptivo no ha sabido apreciar todo el alcance de mi calurosa defensa, entonces, ¡pobre de usted, señora! Descorreré el espeso velo que cubre vuestro aún más tupido cerebro, y a semejanza de Sábado de Gloria, se verificará la resurrección de mi inmaculada conducta, que se elevará rauda y brillante, dejándoos sumida en el más atormentador desconsuelo de la duda y en el terrible infierno de vuestros desencantos. He dicho. (Se sienta limpiándose el sudor.)

LUI.—Muy bien, muy bien. (Aplaude.) ¿Ves, mamá, cómo era inocente?

PURA.—(No le he entendido una palabra.) Caballero, estas cosas no pueden tratarse con discursos. Necesito una inmediata explicación de todo, o no respondo de mí.

LUI.—¡Pero si yo me doy por muy satisfecha!

PURA.—Tú te dejas embaucar por esas retahilas sin sustancia que ni el diablo entiende.

PIO.—¡Cómo! ¿Se atreve a llamar retahilas sin substancia a una réplica que me ha salido tan redonda? No me obligue usted a que le diga toda la verdad, porque le ha de pesar.

PURA.—¡A mí! ¿Por qué?

LUI.—Sí, mamá, no quieras saber...

PURA.—¿Qué? Hablad pronto. (¡Ay, qué espantoso presentimiento!)

LUI.—Pío, no se lo digas.

PURA.—Vamos, que voy a perder la razón.

PIO.—Señora, el abrigo donde encontró usted ese retrato no era el mío.

PURA.—¿No? (Alarmada.)

PIO.—No, señora.

PURA.—Entonces... ¿No siendo de usted?... (¡Qué horrible sospecha!)

PIO.—No morando en esta morada más que dos varones, y no siendo un servidor el poseedor de la prenda...

PURA.—¡No siga usté! (Fuera de sí.) ¡Luto! ¡Desolación! ¡Guerra! ¡Guerra a muerte! ¡Conque es decir que he sido el hazmerreír de ustedes!

LUI.—Nosotros, por no darte el disgusto...

PURA.—Y esa mujer se ha marchado de rositas sin que yo... (Signo de arañar.) ¡Ay! Mirad. ¿Ven ustedes estas uñas? ¿Veis cómo se crispan mis dedos? Pues... ¡lo mato, me lo como! (Va hacia el foro.)

LUI.—¡Por Dios, mamá!
PIO.—¡Señora!...
PURA.—Dejadme. Voy a beber su sangre. ¿Dónde está ese canalla? ¡Carratalá! ¡Carratalá! (Vase por el foro gritando.)
LUI.—¡Buena la hemos hecho! (Vase detrás de Pura.)
CAS.—¡Qué escucho! ¡Se armó la gorda! ¿Pura lo sabe todo?
PIO.—Sí, señor.
CAS.—¿Y qué hago yo ahora? ¡Porque mi mujer me mata!
PIO.—Lo tendrá usted bien merecido por hacer el tenorio a sus años.
CAS.—¡Oye, oye, Cicerón de a perro chico!
PIO.—Un deber moral me obliga.
CAS. ¿Qué hago, Dios mío, qué hago? ¡Me desuella! (Se pasea agitado.)
PIO.—Lógica consecuencia. Si al reprimir el hombre sus groseros apetitos comprendiera el inmenso beneficio que le reporta...
CAS.—(¡Para discursos está la mañana!) (Sin dejar de pasear.)
PIO.—... jamás se aventuraría la humanidad masculina y femenina en los insondables y tenebrosos abismos del pecado. Parapetémonos tras los inexpugnables muros de la virtud y...
CAS.—(Se vuelve de pronto, tropezando con Pío, que le seguía.) Basta de discursos, la paciencia tiene sus límites.
PIO.—Ya lo estoy a usted viendo convertido en servil esclavo de la corrupción y del libertinaje.
CAS.—Y yo te estoy viendo a ti echando sangre por los ojos del trompazo que te voy a pegar, como no te marches ahora mismo.
PIO.—Lenguaje bodegonesco.
CAS.—¿Lenguaje qué? ¡Ea! ya me cargué. (Con actitud dramática.)
PIO.—Cálmese usted. Ya me marcho, pero lamentando y dando al olvido a un mismo tiempo sus recién emitidas ordinarieces. ¡Oh! ¡La concupiscencia! ¡Oh! ¡La concupiscencia! (Vase primera derecha.)
CAS.—Anda al infierno. ¡Jesús qué cantárida!
PURA.—(Dentro.) ¡Carratalá!
CAS.—¡Cielos! El juicio final. No, pues yo no aguanto el primer chubasco. (Coge el sombrero y corre hacia el foro, tropezando en la puerta con Pura.) ¡El trueno gordo! ¡Me morí!
PURA.—¡Alto allá! (Le coge por el cuello con las dos manos y le arrastra hasta el proscenio.) Ahora nos veremos las caras. ¡Adúltero!
CAS.—¡Ay!
PURA.—Ya no te escapas.
CAS.—¡Que me ahogas!
PURA.—Eso es lo que deseo. ¡Perdido! ¡Viejo sátiro!
CAS.—Suéltame, mujer, y yo te diré...
PURA.—¡Te voy a estrangular!
CAS.—¡Caramba! (Logra desasirse y Pura lo sigue, tirándole a la cabeza cuanto encuentra.)
PURA.—¡No te me escaparás! ¡Toma, toma!
CAS.—¡Socorro! ¡Que me matan!
LUI.—(Por el foro.) Mamá..., papá...
PIO.—(Por la derecha.) Señores... (Pío y Luisa quieren sujetar a Pura.)
PURA.—Para que te acuerdes de mí. (Le tira una silla, que va a dar al General, que en este momento se presenta en la puerta del foro.)
CAS.—¡Ay!
GEN.—¡Demonio! ¡Me han deshecho un pie!
PURA.—Usted dispense, caballero.
LUI. y PIO.—¡Eh!
CAS.—(En tono jovial.) ¡Adelante! Estábamos jugando a la silla volante.
GEN.—Sí, sí, ya lo he visto. (Juraría que estaban peleándose.)

PURA.—¡Ay, yo me pongo muy mala! Siento venir el ataque. ¡Ya, ya, me da, ya! ¡Ay!

(Da un grito muy agudo y cae desplomada en el sofa. Luisa y Pío acuden en su auxilio.)

LUI.—Mamá... mamaita...

PIO.—Señora.

GEN. — Si estorbo, volveré. Creo que mi visita ha sido inoportuna. (Atusándose la perilla.)

CAS.—¡Ca! Al contrario, ¡si ha venido usted de perilla!

GEN.—Pero esa señora se ha puesto muy mal.

LUI.—¡Ay, papaito, qué ataque; ven, verás!

CAS.—(No me fío.) ¡Eso no es nada, eso es del corsé!, de seguro. Esta maldita manía que tienen las mujeres por apretar... (Se lleva las manos al cuello.)

GEN.—Si acaso, me retiro.

CAS.—No, señor, de ninguna manera.

PIO.—(Que ha cogido el vaso del calmante.) ¡Vamos, beba usted un poco de agua. Esto la tranquilizará. (Pura bebe de manos de Pío.)

LUI.—¡Por Dios, que eso no es agua! ¡Que eso no puede tomarse de una vez, que es una medicina!

CAS.—No hagas caso, que se la beba toda.

LUI.—Pero, si...

CAS.—¡Bah! ¿Qué entiendes tú de eso?

PIO.—¡No ha dejado ni una gota!

CAS.—(¡Ole, ya tiene para rato!) Usted perdonará que a causa de este incidente no le haya atendido.

GEN.—¡No faltaba más!

CAS.—Si no es reservado lo que tiene que comunicarme, tenga la bondad de tomar asiento.

GEN.—Nada de reservado. Muchas gracias. (Se sienta.)

CAS.—(Sentándose junto a él, de espaldas a Pura.) Estoy a sus órdenes.

LUI.—(¿Conoces a este señor?) (A Pío.)

PIO.—(A Luisa.) (En mi vida lo he visto.)

PURA.—(Como en sueños.) ¡Carratalá!

CAS.—(Se levanta.) ¡Canastos!

GEN.—¿Qué ha sido eso?

CAS.—(Sentándose al otro lado del General.) ¡Nada, un clavito que tenía esa silla! (Conviene tener de frente el peligro, por si acaso.)

GEN.—(Leyendo una tarjeta.) «Don Casto Carratalá.»

CAS.—Servidor de usted. Si fuera usted tan amable...

GEN.—(Dándole su tarjeta.) Es verdad, tome usted.

CAS.—(Leyendo.) «El General de brigada Pontemejor.»

GEN.—Que está a sus órdenes.

LUI.—(¡Un general!) (A Pío.)

PURA.—(¿Eh?)

CAS.—(Notando agitación en Pura.) Liusa, mucho cuidado con mamá.

LUI.—Ya le va pasando el ataque.

CAS.—(Al General.) ¿Tiene usted la bondad?...

GEN.—Muy sencillo. ¿Estuvo usted anoche en el café Imperial de diez a doce?

CAS.—Sí, señor; pero no comprendo...

GEN.—A eso voy. Pues es el caso que anoche al marcharse usted tomó por equivocación mi abrigo en lugar del suyo.

TODOS.—¡Eh! (Con alegría.)

CAS.—¿De verdad? (Idem.)

GEN.—(¡Cómo se alegran todos!) No tiene nada de extraño, porque se parece muchísimo. Yo, al pronto, me alarmé, porque en mi abrigo llevaba alguna cántidad en billetes y algunos objetos de mucho interés particular.

PURA.—(¡Cielos! ¡Conviene seguir accidentada!)
CAS.—(¡Qué compromiso!)
GEN.—Pero al encontrar su tarjeta en un bolsillo del abrigo de usted, algunos amigos míos, que también lo son de usted, me tranquilizaron diciéndome que en su poder todo estaba tan seguro como en el Banco.
CAS.—Justicia que me hacían. (Creo que ya no quedan en casa más que los dientes.)
LUI.—(A Pío.) (¡Te parece qué disgusto!)
PIO.—(¡Estupendo!) (A Luisa.)
GEN.—Gracias a que el cambio no hatenido consecuencias para ninguno.
CAS.—Quia, no, señor, para ninguno. (¡Apenas!)
GEN.—Pues aquí tiene usted su abrigo, tal y como anoche le encontré.

(Le da el abrigo que habrá tenido al brazo toda la escena.)

CAS.—(Entrando y saliendo segunda derecha con él.) Muchas gracias. (Trae el otro que está en una silla al lado de la primera puerta derecha.) Y aquí tiene usted el suyo, tal y como... (lo ha dejado mi mujer).

(Se oyen dentro unas voces: todos vuelven la vista hacia el foro y aparece Victoria.)

VIC.—(¡Ya le encontré!)
TODOS.—¡Victoria!
GEN.—¿Tú aquí? (Se pone el abrigo.)
VIC.—Sí; no me esperabas, ¿eh?
CAS.—(¡Qué vergüenza!)
VIC.—Pues aquí estamos todos. (¡No sé cómo me contengo!) Pero ¡cómo!, ¿no ha traído usted a su señora? (Al General.)
GEN.—¿Qué estás diciendo?
VIC.—¿Y cuándo, cuándo vuelve usted a disfrazarse de General? ¿El Carnaval próximo? (¡Pillo!)
GEN.—¿Qué significa esto? Señora, no me ponga usted en ridículo.
VIC.—(Aparte al General.) (¡Es usted un infame!)
CAS.—(¡Valiente lío ha armado mi mujer!)
GEN.—Ruego a usted perdonen esta escena.
CAS.—Ustedes son los que han de dispensar. Yo lo explicaré todo.
GEN.—Pronto.
CAS.—Es el caso, que mi mujer encontró en mi abrigo, es decir, en el de usted, el retrato de esta señora; tuvo con ella una cariñosa conferencia, y...
VIC.—¡Eh! (Con alegría.)
GEN.—No siga usted; comprendo todo lo que habrá pasado.
VIC.—¿De modo que tu abrigo se lo trajo, por equivocación, don Casto?
GEN.—Justamente; y de ahí...
VIC.—¡Qué peso se me ha quitado de encima! (Aparte a Casto.) (Y usted se había creído...) ¡Tiene gracia!
CAS.—(Aparte a Victoria.) (¡Calle usted, por Dios! ¡Buena plancha!)
GEN.—(Buscando en los bolsillos del abrigo.) No encuentro tu retrato.
VIC.—Lo tengo yo.
GEN.—Ni el dinero.
LUI.—(Aparte a Victoria.) (¡Sálvenos usted, por Dios! Mamá, creyendo que el dinero era de Pío, ha dispuesto de él. Nosotros se lo pagaremos.)
VIC.—(A Luisa.) (Descuida.) Lo tengo yo también.
LUI.—(Aparte a Victoria.) (Muchas gracias. ¡Qué buena es usted!)
PURA.—(Ya puedo volver a la vida.) (Se levanta.) Victoria, déme usted un abrazo, y lo pasado, pasado.
TODOS.—(Menos Victoria y Pura.) ¡Ah!
VIC.—Con mil amores.
GEN.—(¡Qué de improviso le pasan los ataques a esta señora!)

CAS.—(¡Yo, que tenía tanta fe en la medicina! ¡Fíese usted de los boticarios!

VIC.—¿Supongo que se le quitará a usted la afición a los registros?

PURA.—Nunca más. (Hasta mañana)

VIC.—Y ya salió la sorpresa. Tengo el gusto de participar a ustedes mi próximo enlace con el señor General don Benito Pontemejor, y en su nombre y el mío invitarles para la ceremonia.

PURA.—Que sea enhorabuena.

LUI.—Me alegro muchísimo.

CAS.—Mil felicidades.

PIO.—Al tener el alto honor de felicitar entusiásticamente a los futuros esposos, elevo mis sentidas súplicas al Altísimo por su más venturoso porvenir.

VIC.—¡Qué cosa más bonita!

CAS.—(Que se habrá sentado al empezar a hablar Pío.) ¿Has terminado ya? ¡Qué pronto! Pues yo voy a hacerle el regalo de boda. (Coge el estuche.) Mi General, aquí tiene usted esto, que también estaba en el abrigo.

GEN.—(¡Qué imprudente!) Muchas gracias.

(Lo guarda con precipitación, cerrando el estuche y cogiendo los dedos a Casto.)

CAS.—¡Caracoles!

VIC.—¿Qué es eso?

GEN.—Una sorpresa que te preparo.

CAS.—(¡Y tan sorpresa!)

JUA.—(Por el foro.) La victoria del General.

TODOS.—¿Eh?

CAS.—(¿Otra?)

GEN.—No asustarse, es mi coche

TODOS.—¡Ah!

PURA.—¡Ay, Dios mío! ¡Qué pesadez de cabeza! Se me cierran los párpados. Siento el vacío ante mí. (Pío, que estará delante, la sujeta por un brazo.) ¡Qué mala me he puesto! (Se sienta en el sofá. Todos la rodean.)

GEN.—¿Otra vez?

CAS.—Mujer, si ya está todo arreglado.

PURA.—Ahora es de verdad. ¡Ay! (Queda inmóvil en el sofá.)

VIC. y GEN.—¡Eh!

LUI.—Mamá, mamaíta...

CAS.—(El calmante. ¡Ahora le ha hecho operación!)

LUI.—Está como dormida. ¡Mamá, mamá! (Gritando mucho.)

CAS.—(Sí, a la otra puerta. ¡Ya tengo tranquilidad para una semana!)

PIO.—(Al público.) ¡Oh, público indulgente

LUI. ¡Por Dios, Pío!

CAS. ¡Que vas a dar la lata a los señores!

(Retirándolo del proscenio.)

LUI. Aplaude compasivo este juguete;
te lo ruega el autor y los actores.

FIN DEL JUGUETE

Imprenta Moderna.—Doctor Fourquet, 23.—Teléfono M. 14-51

De Jorge y José de la Cueva

Aquí hase farta un hombre (un acto).

De Muñoz Seca y Pérez Fernández

La nicotina (un acto).—Coba fina (un acto).—¡Por peteneras! (un acto).

De D. Tomás Luceño

¿Cuántas, cuántas, calentitas? (un acto) (1).—¡Viva el difunto! (un acto) (1).

De Muñoz Seca y Sebastián Alonso

El contrabando (un acto).—De balcón a balcón (un acto).

(1) Estudio crítico de D. Jacinto Octavio Picón.

De Linares Rivas

El señor Sócrates (un acto).

De Antonio Ramos Martín

La cocina (un acto).—La afición (un acto).—La gran familia (dos actos).—La real gana (un acto).

De otros autores

«El golfo de Guinea», por Paradas, Jiménez y S. Carrère.—«La tarasca del barrio», por J. Mesa Andrés.—«Los hombres que son hombres» y «El dinero y la vergüenza», por Julián Moyrón.—«El gitanillo», por M. Garrido.—«Los pelmazos», por L. Candela y E. Nieto.—«Don Juanito y su escudero», por Calonge y Reoyos.

COMEDIAS PUBLICADAS

De Linares Rivas

El abolengo (dos actos).—El ídolo (dos actos).—Aire de fuera (tres actos).

De Muñoz Seca

El roble de la Jarosa (tres actos).—Doña María Coronel (dos actos).

De Asenio y Torres del Alamo

El brillo de los caireles (cuatro actos).—Las pecadoras (tres actos).

De Flers y Caillavet

Corazonadas (un acto).

De Alfredo Testoni

La aventura del coche (tres actos) (1).

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.

De Sabatino López

Una buena muchacha (tres actos) (1).

De Antonio Palomero

El amigo Teddy (tres actos).

De Pérez Galdós

Celia en los Infiernos (tres actos).

De Paúl Gavault

Mi tía Ramona (tres actos) (2).

De otros autores

«Lo que no muere» (dos actos), por Sebastián Alonso y Luis Manzano.—«El amor que huye» (un acto), por Julio Pardo.

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.
(2) Traducción de José Juan Cadenas.

ZARZUELAS PUBLICADAS

«El Tambor de Granaderos» (un acto), por Sánchez Pastor.—«El Cristo de la Vega» (tres actos), por Cantó y Soldevilla.—«El puñao de rosas» (un acto), por Arniches y Asensio Mas.—«La patria chica» (un acto), por S. y J. lÁvarez Quintero.—«Bohemios» (un ac-o), por Perrín y Palacios.—« Molinos de viento» (un acto), por L. Pasctua Frutos.

3 0112 115872621

Una interesantísima biblioteca se forma coleccionando los números de

La Novela Policíaca

Números publicados:

I. La muñeca trágica.—II. Los dos pilletes.—III. El secreto de la biblioteca.—IV. El suplicio de Max Vert.—V. El guante rojo.—VI. La marca infame o el hombre de las dos caras.—VII. ¡13? o el vencedor de Fantomas.—VIII. Jack-Brisquet o la novela de un niño.—IX. Lord Cleveland o Una noche sangrienta.—X. La resurrección de Fantomas.—XI. Cigomar contra Nick Carter.—XII. El Caballero de la mano roja.—XIII. El diamante azul.

Próximos a publicarse:

Franz Hallers.

Fantomas.

Hugo de Montreux.

A continuación, todas las mejores y más sensacionales obras del teatro policíaco.

20 CTS — NUMERO — 20 CTS.

El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricación especial de la Papelera Española.